

# REVOLUTION TO WAR TO REVOLUTION

ERIC  
HOBSPAWN



ERIC HOBSBAWM

# REVOLUCIONARIOS

ENSAYOS CONTEMPORÁNEOS

Traducción de  
Joaquim Sempere



**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: 2000  
Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2022

*Revolucionarios*  
Eric Hobsbawm

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Revolutionaries. Contemporary Essays*  
Weidenfeld and Nicolson, Londres

© Eric Hobsbawm, 1973

© de la traducción, Joaquim Sampere, 2000

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-378-0  
Depósito legal: B. 648-2022  
2022. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf S. L.



# 1

## PROBLEMAS DE LA HISTORIA COMUNISTA

Estamos hoy al final de la época histórica del desarrollo del socialismo que empezó con el colapso de la Segunda Internacional en 1914 y la victoria de los bolcheviques en octubre de 1917. Es, pues, momento oportuno para hacer un repaso de la historia de los partidos comunistas, que han sido la forma característica y dominante del movimiento revolucionario de la época. La tarea es difícil no sólo porque la historiografía de los partidos comunistas tiene unas complicaciones especiales, sino también por razones más generales.

Cada partido comunista fue el producto del matrimonio de dos consortes de difícil avenencia, una izquierda nacional y la Revolución de Octubre. Este matrimonio se fundaba a la vez en el amor y en el interés. Quienes no pueden remontar sus recuerdos políticos más allá de la denuncia de Stalin por Jruschov o de la ruptura sino-soviética, apenas imaginarán lo que significó la Revolución de Octubre para quienes están en la edad madura. Fue la primera revolución proletaria, el primer régimen de la historia que emprendió la construcción del orden socialista, la prueba tanto de la profundidad de las contradicciones del capitalismo, engendradoras de guerras y crisis, como de la posibilidad —y la *certeza*— de que la revolución socia-

lista iba a triunfar. Fue el comienzo de la revolución mundial. El comienzo del nuevo mundo. Sólo los ingenuos creían que Rusia era el paraíso de los obreros, pero incluso entre los más avezados gozaba de la indulgencia general que la izquierda de los años sesenta concede hoy sólo a regímenes revolucionarios de algunos pequeños países, como Cuba y Vietnam. Por otro lado, la determinación de los revolucionarios de otros países de adoptar el modelo bolchevique de organización, de subordinarse a una Internacional bolchevique (y en última instancia al PCUS y a Stalin), se debió no sólo a un explicable entusiasmo, sino también al fracaso evidente de todas las formas alternativas de organización, estrategia y táctica. La socialdemocracia y el anarcosindicalismo habían fracasado; Lenin había tenido éxito. Parecía razonable adoptar la fórmula del éxito.

El factor de cálculo racional fue imponiéndose paulatinamente tras el retroceso de lo que en los años posteriores a 1917 podría calificarse como la marea de la revolución mundial. Naturalmente, ese factor es casi imposible separarlo en la práctica de la apasionada y total lealtad que cada comunista sentía por su causa; una causa que se identificaba con su partido, por lo que significaba, a su vez, lealtad a la Internacional Comunista y a la URSS (esto es, a Stalin). Pero cualesquiera que fueran sus sentimientos íntimos, pronto quedó claro que la separación del partido comunista, ya fuera por expulsión o por iniciativa propia, suponía poner punto final a la actividad revolucionaria efectiva. En el período de la Komintern, el bolchevismo no dio lugar a cismas y herejías de importancia práctica, salvo en unos pocos y remotos países de escasa significación global, como Ceilán. Quienes abandonaban el partido quedaban olvidados o privados de toda acción efectiva, a menos que se unieran a los “reformistas” o a algún grupo abiertamente “burgués”, en cuyo caso dejaban de interesar a los revolucionarios, o que escribieran libros que pudieran tener o no influencia sobre la izquierda unas tres décadas

más tarde. La historia real del trotskismo como corriente política del movimiento comunista internacional es una historia póstuma. De estos tráfugas marxistas, los más fuertes se ponían a trabajar calladamente y en el aislamiento hasta que los tiempos cambiaran; los más débiles no resistían la tensión y se convertían en fervorosos anticomunistas, dispuestos a aportar militantes a la acción ideológica de la CIA de los años cincuenta; la mayoría se parapetaba tras un duro caparazón de sectarismo. El movimiento comunista nunca llegó a escindirse de una manera efectiva. Pagó, no obstante, un precio por su cohesión: la renovación constante de sus miembros, que alcanzó un volumen importante y a veces gigantesco. El dicho de que el mayor de los partidos existentes es el de los ex comunistas tiene un fundamento real.

El descubrimiento de que los comunistas tenían muy escaso margen de elección con respecto a su lealtad a Stalin y a la URSS se produjo —aunque tal vez sólo en la cúspide de los partidos— a mediados de la década de los veinte. Algunos dirigentes comunistas clarividentes y de insólita capacidad intelectual, como Palmiro Togliatti, pronto se dieron cuenta de que, *en interés de su movimiento nacional*, no podían permitirse tomar una actitud de oposición frente a quien estuviera a la cabeza del PCUS, y trataron de explicar esta realidad a los que tenían menos contacto con el escenario moscovita, como Gramsci. (Por supuesto, en la década de los treinta, ni siquiera una completa predisposición a seguir a Stalin representaba una auténtica garantía de supervivencia política —o física, en el caso de los residentes en la URSS.) Bajo aquellas circunstancias, la lealtad a Moscú dejó de depender de la aprobación de su línea, así que se convirtió en una necesidad operativa. Cuestión distinta es que la mayoría de los comunistas tratara de racionalizar esto probándose a sí misma que Moscú tenía siempre razón, aunque tiene que ver con el asunto, puesto que reafirmaba a la minoría clarividente en su convicción de

que nunca podría arrastrar a sus partidos contra Moscú. Un comunista británico que asistía a la reunión de la dirección del partido en septiembre de 1939, y a quien se explicó que la guerra no se consideraba, al fin y al cabo, como una guerra popular antifascista, sino sólo como una guerra imperialista, recuerda haber pensado para sí: “Esto es. No hay que hacer nada. Es una guerra imperialista”. Tenía razón en aquel momento. Nadie opuso resistencia con éxito a Moscú hasta que Tito enfrentó a su partido con Stalin en 1948, ante la sorpresa de éste y de muchos dirigentes de otros partidos. Pero en aquel entonces no era sólo el dirigente de un partido, sino también de una nación y un estado.

Existía, por supuesto, otro factor: el internacionalismo. Hoy, cuando el movimiento comunista internacional ha dejado en gran parte de existir como tal, es difícil imaginar la fuerza inmensa que sus miembros obtenían del conocimiento de su calidad de soldados de un singular ejército internacional que, por muy vario y flexible que fuera en la táctica, operaba en el marco de una única y amplia estrategia de la revolución mundial. De ahí la imposibilidad de que surgiera ningún conflicto básico o de largo alcance entre los intereses de cada uno de los destacamentos nacionales y la Internacional, que era el *verdadero* partido, y del que las unidades nacionales no eran sino secciones disciplinadas. Esa fuerza se basaba tanto en razones realistas como en la convicción moral. Lo convincente de Lenin no era su análisis socioeconómico —al fin y al cabo, los anteriores escritos marxistas habían insinuado algo parecido a su teoría del imperialismo—, sino su indudable genio para organizar un partido revolucionario y dominar la táctica y la estrategia de la revolución. Al mismo tiempo, la Komintern se propuso inmunizar el movimiento contra el terrible colapso de sus ideales, y en gran parte lo logró.

Los comunistas —ésta era una convicción general— nunca iban a comportarse como hizo la socialdemocracia

internacional de 1914, abandonando su bandera para seguir las del nacionalismo y sucumbir en medio de una matanza recíproca. Y no lo hicieron, justo es reconocerlo. Hubo algo heroico en la actitud de los partidos comunistas británico y francés en septiembre de 1939. El nacionalismo, el cálculo político e incluso el sentido común empujaban en una dirección, pero ellos optaron sin vacilaciones por poner en primer plano los intereses del movimiento internacional. Como a veces ocurre, estaban en un trágico y absurdo error. Pero éste, o más bien el de la línea soviética del momento, junto a la suposición políticamente absurda de Moscú por la que una situación internacional dada implicaba una idéntica reacción en partidos situados en contextos muy diferentes, no debería llevarnos a ridiculizar el espíritu de su acción. Así fue cómo los socialistas de Europa debieron actuar en 1914 y no lo hicieron: cumpliendo las decisiones de su Internacional. Así fue cómo los comunistas actuaron cuando estalló la otra guerra mundial. No fue su culpa que la Internacional no les hubiera enseñado a actuar de otra manera.

Por esto, los problemas con que se enfrentan quienes escriben la historia de los partidos comunistas son de difícil solución. Hay que recuperar el *temple* único y sin precedentes de los movimientos no religiosos del bolchevismo, tan distante del liberalismo de la mayoría de los historiadores como del activismo permisivo y poco exigente de la mayor parte de los ultraizquierdistas contemporáneos. No se puede comprender, sin percibir este sentido de entrega total, que en Auschwitz el partido hiciera pagar las cotizaciones de sus miembros en cigarrillos (sumamente preciosos y casi imposibles de conseguir en un campo de exterminio), o que los cuadros aceptaran la orden no sólo de matar alemanes en el París ocupado, sino de adquirir previa e individualmente las armas necesarias para llevarla a cabo, y que les hacía prácticamente inconcebible la idea de negarse a regresar a Moscú, aun bajo la



certeza de su encarcelamiento o de su muerte. No se pueden comprender los logros ni las perversiones del bolchevismo sin tener esto en cuenta, aunque unos y otras han sido monumentales; como, sin duda, tampoco se puede comprender el extraordinario éxito del comunismo como sistema educativo para el trabajo político.

Pero los historiadores deben también hacer la distinción entre los elementos nacionales de los partidos comunistas y los internacionales, incluyendo aquellas corrientes de los movimientos nacionales que llevaron a la práctica la línea internacional no porque estuvieran obligados a hacerlo, sino por estar realmente de acuerdo con ella. Deben distinguir entre los elementos genuinamente internacionales de la política de la Komintern y aquellos que reflejaban sólo los intereses estatales de la URSS y las preocupaciones tácticas o de otra índole de la política interna soviética. Tanto en el ámbito nacional como en el internacional, deben distinguir entre las decisiones políticas basadas en el conocimiento, la ignorancia o la corazonada; en el análisis marxista (acertado o no), la tradición local, la imitación de ejemplos extranjeros apropiados o no, la simple prueba y error, la percepción táctica de lo concreto o la fórmula ideológica. Y por encima de todo deben determinar qué medidas políticas han tenido éxito y han sido sensatas y cuáles no, evitando caer en la tentación de condenar a la Komintern en bloque como un fracaso o como una simple marioneta del régimen de Rusia.

Estos problemas son particularmente difíciles para el historiador del PC británico, ya que en este país parecen tener muy escasa importancia, salvo en algunos breves períodos. El partido reunía simultáneamente los rasgos siguientes: era leal a Moscú, se negaba resueltamente a verse envuelto en las controversias rusas e internacionales y era un legítimo vástago de la clase obrera nativa. Su camino no se llenó de dirigentes perdidos o expulsados, de herejías ni de desviaciones. Gozaba de la ventaja de su reducido ta-

maño, lo que significaba que la Internacional no esperaba de él los resultados espectaculares generadores de relaciones tensas, como ocurría, por ejemplo, con el partido alemán, y también de la ventaja de actuar en un país muy distinto a la mayoría de las demás naciones europeas y de otros continentes, como ponía de manifiesto el más somero de los exámenes. Por ser fruto no de una escisión política de la socialdemocracia, sino de la unificación de los diversos grupos de la extrema izquierda que siempre habían actuado en cierta medida fuera del partido laborista, no podía considerarse exactamente como un partido de masas capaz de ofrecer una alternativa al laborista, por lo menos en lo inmediato. Por esto se le dejó en libertad —e incluso se le estimuló— para que llevase a cabo las tareas a que, en cualquier caso, se hubieran dedicado los militantes británicos de izquierdas, y para que las realizara con inusitada abnegación y eficacia por el mero hecho de ser comunista. La verdad es que, en un principio, Lenin se ocupó primordialmente de desaprobar el sectarismo y la hostilidad hacia el laborismo, que eran las tendencias espontáneas de la ultraizquierda del país. Las etapas en que la línea de la Internacional iba contra el espíritu de la estrategia y de la táctica de la izquierda nacional (como en 1928-1934 y en 1939-1941) destacan como anomalías en la historia del comunismo británico, precisamente porque existía de manera evidente tal estrategia, cosa que no ocurría en los demás países. Mientras no existiese ninguna perspectiva realista de revolución, mientras hubiera sólo una central sindical —el TUC— y el partido laborista fuera el único, aunque en estado de crecimiento, capaz de ganarse el apoyo de los trabajadores políticamente conscientes en una escala nacional, en la práctica sólo existía una posible vía real de avance socialista. La actual confusión de la izquierda (dentro y fuera del partido laborista) se debe en gran parte a que esto no puede ya presuponerse y a que no existen estrategias alternativas de gran consenso.

Sin embargo, esta aparente simplicidad de la situación de los comunistas británicos oculta una serie de interrogantes. En primer lugar, ¿qué esperaba exactamente la Internacional de los británicos, aparte de que se convirtiesen en un partido comunista genuino y ayudaran —esto a partir de una fecha todavía incierta— a los movimientos comunistas de las colonias? ¿Cuál era exactamente el papel de Gran Bretaña en su estrategia general y cómo cambió? Esto no queda aclarado por los trabajos históricos existentes, que, salvo raras excepciones, son de baja calidad.

En segundo lugar, incluso medido con criterios poco exigentes, ¿por qué el impacto del PC en la década de los veinte fue tan pobre? El número de sus miembros era escaso y sometido a alzas y bajas, sus éxitos eran en parte reflejo de la actitud radical y militante del movimiento obrero y del hecho de que los comunistas seguían actuando en una gran medida dentro del partido laborista o por lo menos con su apoyo a nivel local. Debido al reducido número, aunque creciente, de sus afiliados, a su debilidad electoral y a la sistemática hostilidad de los directivos laboristas, el PC no llegó a constituirse en una izquierda nacional efectiva hasta los años treinta.

En tercer lugar, ¿cuál era la base del apoyo comunista? ¿Por qué fue incapaz, antes de la década de los treinta, de atraer a los intelectuales, alejando en seguida a los pocos que había conseguido y que procedían sobre todo de la izquierda ex fabiana y del “socialismo gremial”? ¿Cuál fue el carácter de su insólita influencia —que no afiliación— en Escocia y Gales? ¿Qué ocurrió en los años treinta, que convirtió el partido en algo que no había sido antes, esto es, en una organización de militantes fabriles?

Y, por supuesto, ahí están todas las cuestiones que inevitablemente serán planteadas sobre el acierto o el error en los cambios de la línea política del partido y, más fundamentalmente, de su particular forma de organización en el

contexto de la Gran Bretaña de entreguerras y posterior a 1945.

James Klugmann<sup>1</sup> no ha abordado seriamente ninguna de estas cuestiones. Este hombre tan competente y lúcido es sin duda capaz de escribir una historia satisfactoria del partido comunista, y, en los casos en que se siente libre de ataduras, así lo hace. Por ejemplo, ha escrito la mejor y más completa relación que hoy existe sobre la génesis del partido. Por desgracia, se encuentra paralizado por la imposibilidad de simultanear su condición de buen historiador con la de funcionario leal. La única manera existente hasta ahora de que un organismo público escriba la historia "oficial" de una organización consiste en entregar los materiales a uno o varios historiadores profesionales que tengan la suficiente simpatía hacia ella como para no entrar a saco en la misma; con el suficiente distanciamiento como para no temer husmear en todas partes con temor a descubrimientos inesperados y desagradables, y que en el peor de los casos puedan ser desautorizados oficialmente. Esto fue en esencia lo que hizo el gobierno británico con la historia oficial de la segunda guerra mundial, y el resultado fue que Webster y Frankland fueron capaces de escribir una historia de la guerra aérea que destruye muchos mitos familiares y levanta muchas ampollas en los medios oficiales y políticos, pero que es a la vez erudita y útil, incluso para quienes quieran emitir juicios o elaborar sobre una u otra estrategia. El PC italiano es el único que ha elegido esta vía tan sensata, aunque casi inimaginable para la mayoría de los políticos. Así, Paolo Spriano ha escrito una obra discutible, pero seria y documentada.<sup>2</sup> James Klugmann no ha sido capaz de hacer una cosa ni otra.

1. James Klugmann, *History of the Communist Party of Great Britain: Formation and Early Years*, Londres, 1966.

2. Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. I: *Da Bordiga a Gramsci*, Turín, 1967.

Tan sólo ha empleado sus notables dotes para evitar escribir algo deshonroso.

Me temo que, al actuar así, haya dilapidado gran parte de su tiempo. ¿De qué sirve, en definitiva, emplear diez años en busca de fuentes —incluyendo las de Moscú— si las *únicas* referencias precisas a fuentes contemporáneas no publicadas del PC se elevan a siete y las *únicas* referencias incluso a fuentes impresas de la Internacional Comunista (incluida la Inprecorr) suman menos de una docena en un volumen de 370 páginas? El resto está formado en su mayor parte por referencias a informes publicados, folletos y especialmente periódicos comunistas de este período. En 1921-1922 el Presidium de la Komintern debatió en torno a Gran Bretaña trece veces, es decir, más veces que sobre cualquier otro país, a excepción de Francia, Italia, Hungría y Alemania. Éste es un dato que no contiene el libro de Klugmann, cuyo índice carece de toda referencia a Zinoviev (salvo en relación con la carta falsificada que lleva su nombre), Borodin, Petrovsky-Bennet, o a un campo de la actividad del partido tan genuinamente británico como el del *Labour Research Department*.

Una historia adecuada del PC no puede escribirse evitando o falseando por sistema cuestiones genuinamente polémicas y asuntos que puedan ser considerados en el interior de la organización como indiscretos o poco diplomáticos. Tampoco puede efectuarse describiendo y documentando, más detalladamente que en ninguna ocasión anterior, las actividades de sus militantes. Es interesante tener unas 160 páginas sobre la actividad del partido entre 1920 y 1923, aunque lo básico de este período está recogido en el informe de Zinoviev al Cuarto Congreso mundial de finales de 1922, que dice: “tal vez en ningún otro país el movimiento comunista hace progresos tan lentos”. Sin embargo, este hecho no es efectivamente abordado. Ni siquiera la explicación del momento, según la cual esto se debía al desempleo masivo, es examinada con seriedad. En

resumen, Klugmann ha hecho cierta justicia a los militantes entregados y a menudo ignorados que sirvieron a la clase obrera británica como mejor supieron. Ha escrito un libro de texto para sus sucesores en las escuelas del partido con toda la claridad y capacidad de su gran reputación como profesor en dichos cursos. Ha reunido una gran cantidad de información nueva, de la que sólo una parte será asimilada por los especialistas en descifrar formulaciones hechas con gran cautela; muy poca de esa información sobre asuntos importantes está documentada. Pero no ha escrito una historia satisfactoria del PC ni del papel del PC en la vida política británica.

*(1969)*